

CAPÍTULO XVII.

QUE SE DEBE DESPRECIAR LA HONRA DEL MUNDO Y ESTIMARSE LA HONRA QUE VIENE DE SOLO DIOS.

No primero se debe advertir, que la honra consiste en la noticia y estimacion ajena, de la cual procede en lo exterior la cortesía y la reverencia, y otros buenos efectos que los hombres apetecen y estiman. Y de aquí es, que esta honra la podemos pretender de Dios y de los hombres, segun que deseamos ganar la aprobacion y estima de nuestras personas acerca de Dios ó acerca de los hombres. Esta diferencia nos enseñó nuestro Salvador, cuando reprendiendo á los fariseos de su incredulidad, les dijo ¹: ¿Cómo podeis creer vosotros, que recibis y buscáis la honra unos de otros, y no buscáis la honra que es de solo Dios? La honra que se recibe de Dios siempre es sólida, maciza y verdadera; la que se recibe de los hombres las más veces es vana, y por eso siempre es lícito buscar la honra que es de Dios, y el Salvador la propone por premio, cuando dice ²: «Si alguno me sirviere, mi Padre que está en los cielos le honrará; y el que me confesare y se honrare de mí delante de los hombres, yo le confesaré por mio, y me honraré con él delante de mi Padre y delante de los ángeles del cielo.» Y á los fariseos (como vimos) los re-

¹ Joann. V, 44. — ² Joann. XII, 26; Matth. X, 32.

prende porque no buscaban la honra que es de sólo Dios. Pero la gloria que es de sólo los hombres nunca es lícito buscarla, porque es vana, y por eso los que la buscan andan en seguimiento de la que llamamos vanagloria. Y dije la que es de solos los hombres, porque la que se busca y se recibe por la honra de Dios y refiriéndola á él, se puede buscar porque no es vana. Y en qué casos se puede y debe procurar la honra de los hombres por la honra de Dios; y en qué casos por la misma honra de Dios se debe huir y pisar, eso es, lo que ahora andamos á buscar, y en su lugar lo diremos luego, si decimos primero las propiedades que tiene la honra que da Dios, y las que tiene la honra que dan los hombres, para que sepamos conocerlas, y estimar la una y huir de la otra.

Primeramente, la gloria que Dios da, es sólida y verdadera, porque se funda en la verdad. Y la razon es, porque en el juicio de lo que cada uno merece ni se puede Dios engañar por ignorancia, ni torcer de la verdad que conoce por pasion; sino que puntualmente califica la bondad de cada uno, y le da los quilates que merece, y la estimacion y honra que le corresponde. Hay otra razon tambien para probar que la honra que Dios da es sólida y verdadera, porque la honra tanto es mayor cuanto lo es el que la hace; y así como es de ninguna estimacion la que se recibe de un hombre bajo y vil, así lo es de muy grande la que se recibe de los príncipes y de los reyes. Pues ¿qué comparacion tienen todos los príncipes y reyes con Dios? Todas las gentes, dice Isaías, ¹ delante de él son como una pequeña gota respecto del mar, ni tienen más peso que el que puede te-

¹ Isai. XL, 15, 17.

ner un grano en la balanza: como un poquito de polvo son todas las islas en su acatamiento, y delante de él son todas las gentes como si no fuesen, y como nada se deben estimar respecto de él. Pues si son como nada todas las gentes respecto de Dios, tambien es como nada la honra que diere todo el mundo respecto de la honra que diere Dios. Allégase á esto, la constancia que tiene Dios en honrar los buenos, tan lejos de las mudanzas y variedades que se hallan en los hombres, y de parte de los hombres la fidelidad en volver toda la honra á Dios, al cual solo se debe toda la honra y la gloria. Y ésta es una de las propiedades que acompañó siempre la honra que se recibe de Dios, conviene á saber, volvérsela fielmente como al autor de todo lo que en nosotros merece alguna honra. Porque no merece honra ni la tiene delante de Dios, sino la verdadera virtud: y ¿cómo puede ser verdadera virtud la que no reconoce su autor, y la que se levanta con la honra que no es suya? Y ésta es la causa porque es lícito y loable desear la honra que da Dios; porque desear esta honra, es desear que sea honrado el mismo Dios; y es desear tener corona en la cabeza, para quitársela y arrojarla á los piés de Dios, como lo hacian aquellos ancianos del Apocalipsi ¹, cuando se postraban á dar la gloria y la honra á Dios. Y esto es lo que dijo el Apóstol ²: «El que se gloria, gloriése en el Señor, porque no por eso es uno aprobado porque él se alabe á sí mismo, sino porque le alabe Dios:» ¿Qué es gloriarse en el Señor, sino gloriarse de la verdad, gloriarse de lo que merece gloria delante de Dios, gloriarse de la honra que da el mismo Dios, y gloriarse de los dones que se reciben de la mano de Dios, reconociendo

¹ Apocal. IV, 10. — ² II Cor. X, 17, 18.

que son suyos, y volviéndole la honra, como á autor y fuente de ellos? Esta gloria es por todas partes firme y verdadera.

Por el contrario, la honra que se recibe de los hombres, es vana y mentirosa, y para que lo sea, basta ser honra dada por los hombres, que tantas veces yerran en sus juicios por ignorancia, y tantas se ciegan con pasión: cuyo peso es más falso que el de Canaan ¹, porque á lo malo dicen que es bueno, y á lo bueno que es malo, juzgando á la luz por tinieblas, y á las tinieblas por luz, y calificando por amargo lo dulce, y lo dulce por amargo ². Y como en sus juicios se gobiernan por otros nocentes, y no por el de la verdad, así son inconstantes y varios en ellos, y al que hoy tienen sobre sus cabezas, mañana le tienen debajo de los piés. De lo cual hay tantos ejemplos en las historias sagradas y profanas, que es maravilla, cómo no han bastado á desacreditar esta honra que dan los hombres. Y cuando no tuviere esta falta, lo era grandísima encerrarse en términos tan cortos y estrechos, como son los juicios humanos. Porque si es menospreciada con razón la honra que se da en una pobre aldea, respecto de la que se da y se recibe en la corte; ¿qué es todo este mundo de acá bajo respecto del cielo, sino un punto, y respecto de Dios y de su corte, menos que un punto? Y, como dice el glorioso san Juan Crisóstomo ³, cuando uno tenga ciento y mil millares de alabadores que le den aplauso, ¿qué son sino otros tantos grajos que estan chirriando vanamente? y si los comparas con los coros de los ángeles, te parecerán todos estos alabadores más viles que unos gusanillos. Pues si la honra que uno tuviera acerca de todos los hombres

¹ Osee XII, 7. — ² Isai. V, 20. — ³ Crisost. hom. 17 ad Rom.

del mundo, fuera corta y estrecha respecto de la honra que lo es delante de Dios y de su corte; ¿qué dirémos de aquella honra que apenas se extiende á poquitos hombres que están presentes, quedándose uno desconocido de todos los siglos pasados y venideros, y de todo lo restante del mundo? Y con todo eso somos tan ciegos, que nos mueve más la honra que se recibe de los hombres para hacer bien y para dejar de hacer mal, que no la presencia de Dios y de sus ángeles, y la honra que podemos recibir de ellos y de toda la corte celestial. El cual desácató es tan grande, que por solo él dice san Juan Crisóstomo ¹, que merecíamos que arrojara Dios rayos del cielo contra nosotros; porque así nos vamos á buscar el testimonio y aprobacion de los hombres, como si no bastara sólo el de Dios para honrar y alabar nuestras obras. Y de ahí es que nos desdeñamos y empezamos de hacer algunas obras de virtud, cuando sólo Dios es el testigo, las cuales, y otras más dificultosas hacemos cuando las han de ver y alabar los hombres.

De aquí nace otra propiedad de esta honra que dan los hombres, por la cual está vacía y es vanísima; porque no se funda en la verdad de lo que cada uno es, sino en lo que parece, y no tanto pretende cada uno ser docto, ser prudente, ser virtuoso y santo, cuanto parecerlo; y si no alcanza á parecerlo por sus obras, procura con engaños y con falsas alabanzas ser tenido por tal; y cuando no sea tenido por tal, á lo menos pretende que se le dé la honra y el lugar que si lo fuera, ó lo pareciera, ó fuera tenido por tal. Todo lo cual así como está fundado en mentira, así es cosa vanísima y sin firmeza. Y de este sentimiento proceden las pretensiones tan

¹ Crisost. hom. in II ad Cor. c. 4.

locas de los oficios y cargos, que uno ni los merece, ni despues de alcanzados tiene hombros para sustentarlos, ni caudal para administrarlos. Y de la misma raíz nacen las propias alabanzas tan desmedidas y arrogantes, fabricadas como es menester para la negociacion, y no ajustadas con la regla de la verdad. Porque la estatua que levantó Nabucodonosor para ser adorado como Dios ¹, así como la hizo de sesenta codos de alto, así la pudiera hacer de ciento, y demás, á su voluntad. Y por eso dijo el apóstol san Pablo ², que no se atrevia á compararse ni medirse con los falsos apóstoles que se alababan á sí mismos; porque ¿quién se atreverá á compararse con aquellos cuya boca es medida para ser cuan grandes ellos quisieren y dijeren? Porque así como el cuerpo vivo, que naturalmente va creciendo, tiene sus ciertos términos y límites, de los cuales no puede pasar; pero si quereis hacer una figura muerta que no tenga más que la apariencia exterior de hombre de trapos y de fagina, lo podeis hacer cuan grande quisiéredes; así tambien los que miden su estima y sus palabras con lo que son, no exceden de los términos de la verdad; pero los que no buscan más que la apariencia exterior, suplen con mentiras lo que les falta de verdad, y ya que no son grandes en sí conténtanse con serlo en la opinion ajena. Nosotros, dice el Apóstol ³, nos medimos á nosotros con nosotros y nos comparamos á nosotros con nosotros mismos; y claro está que con esa medida no podemos ser mayores de lo que somos, y por eso no nos gloriamos sin término y sin medida: *Nos autem non in immensum gloriabimur*, sino segun la medida y las reglas con que Dios nos ha medido: ésta es la medida de las virtudes y merecimientos que Dios nos ha dado.

¹ Daniel III, 1. — ² II Cor. X, 12. — ³ Ibid. 12, 13.

Esta honra tan vana, como hemos declarado, es la que los hombres tan desatinadamente desean y procuran, y por alcanzarla y defenderla, ponen á riesgo sus haciendas y sus vidas, y tambien sus almas. Tanto es lo que nos ciega la ambicion con este humo de la reputacion propia. Y así como es propio de la honra verdadera volvérsela á Dios, como autor de la gracia y de la verdad; así por el contrario es propiísimo de esta honra vana, alzarse con ella, no siendo como no lo es, honra merecida y debida, sino que con fraude y engaño se lleva hurtada. Y es como un género de idolatría, en que quitando la honra al verdadero Dios, pone el hombre todo su cuidado en formar una imágen de sí mismo, y un ídolo cuan grande y cuan hermoso pudiere en las imaginaciones de los otros, para que allí sea reverenciado y adorado de ellos. Y es cierto que no se cela tanto la limpieza de los altares y de las imágenes de los templos verdaderos, cuanto celamos que esta nuestra imágen esté limpia y resplandeciente, y bien colocada en los corazones ajenos. Y no haciendo caso de carecer de la virtud ó de otros dónes naturales ó sobrenaturales, le hacemos grandísimo de perder la opinion ó reputacion de ellos; la cual procuramos sustentar con toda diligencia, no haciendo ninguna en adquirir y sustentar la virtud que la merece.

Y no nace esto tan solamente del amor de la propia excelencia (aunque éste es un apetito poderosísimo en el hombre) sino tambien del amor del propio interés; porque en esta idolatría de que vamos hablando, juntamente con la adoracion y reverencia hay muchos dónes y ofrendas que la acompañan. Y dejando aparte lo que los seglares pretenden y alcanzan por medio de su reputacion, ¿quién duda sino que dentro del rincon de nues-

tra vida religiosa, á la honra se sigue el buen puesto y el buen oficio, y otros privilegios y exenciones que son de mucha consideracion para pasar con comodidad la vida humana? Lo cual es en tanta manera verdad, que en faltándole al ídolo esta ofrenda, se da por ofendido. Y de aquí nacen las quejas y los sentimientos de que nos quitan la honra siempre que nos quitan el gusto ó la comodidad; y si no nos ponen en el puesto que queremos y nos dan la ocupacion que deseamos, ó se nos niega lo que pedimos, luego nos damos por deshonrados y por notados, valiéndonos de esta queja para salir con nuestro intento. Esto es lo que turba el gobierno y confunde las cosas, sacándolas muchas veces de sus lugares, por temor de que la honra no se queje y dé voces; la cual como se ve temida y respetada, no solamente pide lo que no merece, sino tambien lo que desmerece. Porque habiendo hecho algunas faltas que merecian castigo, no solamente queremos que nos las disimulen y encubran, sino que pasamos más adelante á querer que nos honren y acomoden, porque no se pueda entender que nos lo niegan por deméritos nuestros. De esta manera se dan las manos y se ayudan el amor de la honra, y el amor propio. Y así como el amor propio cede infinitas veces de su comodidad, porque no padezca la honra; así tambien la honra sale infinitas veces á la defensa del amor propio, haciendo suya la causa, y pretendiendo que es contra la honra todo lo que es contra el gusto y comodidad. Y queremos justificar todas nuestras demasías con el derecho que pretendemos tener de volver por nuestra honra, armándonos con el dicho del Espíritu santo: «Mejor es el buen nombre, que todas las rique-

¹ Proverb. XXII, 1.

zas y tesoros del mundo.» Y en otra parte ¹: «Ten cuidado del buen nombre, porque este te valdrá más de mil tesoros grandes;» y otros semejantes lugares mal entendidos y peor practicados. Y con esto nos parece que podemos hacer guerra á todo el Evangelio, y á los ejemplos tan ilustres que en esta materia tenemos de Cristo nuestro Señor, y de sus santos.

CAPÍTULO XVIII.

QUE LOS HUMILDES DESEAN SU DESPRECIO Y NO SER CONOCIDOS NI ESTIMADOS DE LOS HOMBRES.

ESTOS de que hemos hablado hasta aquí, son los cuidados de los ambiciosos y soberbios. Pero los que tienen clara la vista del alma, y gozan de la divina luz, se lamentan de corazón con el santo Job ², y dicen: «¿Por qué se ha dado al miserable la luz?» Porque entonces se da luz á los miserables, como dice san Gregorio ³, cuando se da la prosperidad mundana y transitoria á los que habiéndose una vez levantado á la contemplación de las cosas celestiales, se tienen en este mundo como desterrados y peregrinos. Estos que así se tienen por miserables por verse desterrados del cielo ¿para qué quieren la prosperidad de la tierra? Y ¿por qué han de ser forzados á llevar las cargas de la honra de la tierra

¹ Eccli. XLI, 15. — ² Job III, 20. — ³ Greg. I. 5 mor., c. 2.

los que están llorando amargamente por verse privados de los bienes del cielo? y por eso dice: ¿Por qué se da al miserable la luz? De esta luz se hace aquel día de que dijo Jeremías ¹, que nunca le habia deseado, y que por eso habia tenido entereza en predicar la verdad: «Yo, Señor, dice, no me he turbado llevándote á tí delante, y el día del hombre no le he deseado; tú lo sabes bien,» esto es, no he deseado alabanza, ni aplauso, ni honra de los hombres, y por eso les he predicado la verdad aunque les era amarga, «y la palabra que ha salido de mi boca ha sido fiel y verdadera en tu acatamiento.» Y el mismo sentimiento dijo más claramente san Pablo ²: «Hemos hablado, dice, y predicado la palabra del Evangelio, con aquella misma verdad y sinceridad que Dios nos la encomendó y la fió de nosotros, no como quien trata de agradar á los hombres, sino á sólo Dios, que es testigo de los corazones. Porque no hemos sido hallados en palabras de lisonja, como vosotros bien sabeis; ni querido hacer de la predicacion ocasion de avaricia, como Dios es testigo; ni hemos buscado gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros ningunos.» Porque para qué habia de buscar gloria y aplauso de los hombres, el que en otra parte dice ³: «En mis ojos de ninguna estimacion es ser juzgado y aprobado de vosotros ó del día humano,» esto es, del aplauso, de la alabanza, de la honra que dan los hombres; que por cuanto esta honra y alabanza que dan los hombres, tiene luz y resplandor en los ojos de los hombres, por eso la llama, como la llamó Jeremías, día humano ó día de los hombres; pero no se puede llamar día de Dios, porque en esta parte

¹ Jer. XVII, 16. — ² I Thes. II, 4-6. — ³ I Cor. IV, 3.

son los hombres de ordinario, como los antípodas respecto de Dios, que cuando en sus ojos es de día, es de noche en los ojos de Dios. Y es así que las virtudes en dándoles este sol y resplandor de los hombres, se desvanecen y enferman, y por el consiguiente se oscurecen y no merecen honra y alabanza en el acatamiento de Dios. Y de aquí ha nacido el cuidado con que los santos han procurado siempre esconder sus virtudes de los ojos de los hombres, no menos que procura uno esconderse en el verano del sol, y encerrarse en las cuevas más frescas y sombrías. Porque así han deseado los santos, no sólo esconder sus virtudes, sino para mayor seguridad padecer injurias y afrentas, y ser tenidos, no por humildes, sino por viles; no por santos, sino por locos, alegrándose de esta manera del tesoro que tenían mejor guardado en su corazón, del cual se hallaban despojados y vacíos cuando les amanecía la luz de los hombres. Porque la experiencia les enseñaba que los que hasta entonces escondidos en el secreto de su humillación habían vivido solamente en los ojos de Dios, y en ella no habían atendido más que á la verdad, en la luz de los hombres empezaban á amar la vanidad y buscar la mentira. Así se les volvía en noche verdadera el día de los hombres, los cuales, como dice Isaías ¹, «á las tinieblas llaman luz, y á la luz llaman tinieblas.»

De lo dicho se concluye, que la regla cierta y general que hemos de tener para admitir afrentas, injurias, falsos testimonios, etc., es siempre, y todas las veces que fuere necesario, para reducirnos de la mentira que resplandece en los ojos de los hombres, á la verdad, que sola es aprobada en los ojos de Dios; y en esta re-

¹ Isai. V, 20.

gla se fundan todos los grados de humildad que enseñan los santos. Porque primeramente no hemos de querer parecer á los ojos ajenos más de lo que nosotros sabemos que somos, porque esto será engañar á los otros; ni hemos de juzgar de nosotros más de lo que en la verdad somos, porque sería engañarnos á nosotros mismos. Y eso que en la verdad tenemos de bien, hemos de pensar que es dádiva graciosa de Dios, y que á él se debe toda la gloria, porque lo demás sería hacer injuria al mismo Dios, á cuya reverencia se ordena principalmente la virtud de la humildad, como enseña santo Tomás. Y si la humildad es hermana, como lo es, de la verdad, si hemos de ajustar la humildad con la verdad, bien se ve cuán grande campo se descubre para sufrir afrentas y menosprecios. Porque lo primero, siendo yo testigo de mis faltas, de mis ignorancias y culpas, de mis menguas y de mis vacíos, que están cubiertos y disimulados á los que miran por defuera, ¿cuánta humildad es menester para tener por bien que me conozcan todos como me conozco yo? Y despues de esto, ¿cuánta distancia suele haber de lo que yo conozco de mí, á lo que soy en la verdad y á lo que juzgan otros; y cuánta dificultad en dejarme medir con el parecer de otros, que juzgan por ventura más desapasionadamente de mí? Y finalmente, despues de haber llegado á eso poco que en la verdad tengo de bien, es menester poner aparte lo que es caudal de Dios, y lo que yo tengo de mio, para que se le dé á Dios la gloria de lo bueno, y á mí la vergüenza y la confusion de lo malo que soy, ó á lo menos de lo que fuera si no hubiera Dios usado de misericordia conmigo. Y en eso se funda principalmente el deseo que nuestro santo Padre nos aconseja que debemos tener de sufrir falsos testimonios, para que se entienda lo que

tenemos de nuestra cosecha, y lo que tenemos por la gracia de Dios; y que estos testimonios si son falsos, ha sido por la misericordia que él ha usado con nosotros, porque si nos hubiera dejado á nuestras fuerzas, no fueran sino verdaderos; y quiero yo en esos testimonios falsos ver como en un espejo lo que yo soy de mio, y lo que fuera si Dios me dejara. Y con este espíritu muchos santos se han dejado levantar falsos testimonios en materias muy graves, y llevado con silencio aquella infamia, dando á Dios toda la gloria de no haber cometido aquellos delitos y tomando para sí la confusion de lo que hicieran si Dios hubiere alzado la mano de ellos; y juntamente esperando que el mismo Señor que los habia guardado de la culpa, los libraria á su tiempo de la infamia, acordándose de Cristo nuestro Señor, que en una ocasion de éstas respondió ¹: «Yo no tengo demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí; pero yo no busco mi gloria, y estoy cierto que hay quien la busque y mire por ella.»

CAPÍTULO XIX.

QUE PUEDE UNO BUSCAR SU HONRA Y DEFENDERLA, CUANDO ESTO CEDE EN MAYOR HONRA Y GLORIA DIVINA.

UN solo caso hay en que uno puede volver por su honra y mirar por ella, y es cuando esto cede en honra de Dios y provecho del prójimo. Porque como la

¹ Joann. VIII, 49, 50.

humildad principalmente mire la honra de Dios, allí no será verdadera humildad despreciar su honra, cuando fuere con detrimento de la honra de Dios. Y esto es lo que tantas veces repite nuestro santo Padre, que el pasar oprobios y afrentas, sea cuando en lo contrario no se descubriere mayor gloria divina; y lo que en particular dijo en el exámen ¹: *Que donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, etc.*, lo cual trasladó del ejercicio de las banderas en el coloquio donde dice así: *Segundo, en pasar oprobios é injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona, ni desplacer de su divina Majestad.*

Y para que en estas ocasiones pueda uno proceder sin sospecha del amor propio, debe atender á estas cuatro circunstancias. La primera, si en la verdad mi deshonra y mi injuria cede en injuria y deshonor de la divina Majestad, y el volver yo por mi honra es volver por la honra de Dios; y esto digo y entiendo por parte de la materia de que se trata, porque en ella se interesa alguna mayor honra y algun mayor servicio de Dios nuestro Señor, y no solamente por parte de mi intencion. En lo cual se engañan algunos manifestamente, porque negociando por todos los medios posibles su honra, y pretendiendo importunamente las primeras cátedras en las sinagogas ², y los primeros lugares en los convites, y las primeras cortesías en las calles y plazas: *Y buscando, como los mundanos que siguen el mundo, con toda diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo las enseña* ³, ellos por el contrario se dan á entender que buscan y pretenden la hon-

¹ Exám. c. 4, § 44. — ² Matth. XXIII, 6. — ³ Exám. ibid.